

promiso con una literatura desasosegadora habría de convertirse en referente obligado de la renovación poética que nos llega de esa ciudad.

## Saberte y Perímetro de un día

En *Saberte*<sup>3</sup>, su segundo libro, aparece ya una voz personal. Se trata de una penetración en la experiencia amorosa desde la ternura y la ironía a la vez en la que la combinación de un tono conversacional con hallazgos expresivos que bordean lo mágico hacen de él una suerte de crónica del aprendizaje, del descubrimiento del amor y sus claves en el umbral de una madurez aún tiznada por los ecos de la adolescencia. Despunta, al tiempo, un tono de complicidad, de cercanía con el lector que perdurará, con una intensidad creciente, en sus poemarios posteriores.

Su siguiente entrega, *Perímetro de un día*, supone un salto cualitativo evidente. La experiencia amorosa ya no es totalidad y cuando se convierte en materia poética aparece atravesada por una realidad urbana en proceso de transformación, por una simbología extraída de la memoria colectiva —en buena medida, compuesta de referentes generacionales: Vietnam, Nicaragua, los empeños colectivos de una época abolida— levantada desde una concepción del lenguaje no desprovista de componentes surrealistas y de premeditada desconstrucción, sin abandonar el tono conversacional, cómplice, a que arriba nos referíamos. Estamos, pues, ante un tratamiento poético de la realidad nada sencillo, que parte de su naturaleza compleja, multipolar, en la que memoria y presente se mezclan y sobre la que el gozo, el amor, el desasosiego, gravitan. Las huellas de la mejor poesía de los años 50, el referente europeo de posguerra y una lectura atenta del primer Eliot subyacen en este libro bien trabado y teñido por la causticidad y la ironía.

## La madurez de *El perfil de los pacíficos*

*El perfil de los pacíficos*, su último poemario, expresa un avance cualitativo en ese modo de afrontar el hecho poético. De alguna manera, en este libro se advierte un intento

de reflexión, desde la poesía, sobre el sentido de la existencia, sobre las múltiples voces que acucian al poeta —entre las que, inevitablemente, se elige una— en los distintos momentos de su experiencia vital y que son, en el fondo, diversos modos —potenciales, soñados o inventados— de enfrentarse al mundo. Actitud estética que desde el mismo título remite a una disposición moral, ética: el perfil de los pacíficos, es decir, lo que define, lo que caracteriza, los móviles emotivos, sentimentales —racionales también— que condicionan un determinado tipo de hombre/poeta: el que apuesta por la solidaridad, por la meditación, por el encuentro, por la poesía como factor que contribuya a un nuevo humanismo. En este sentido, Virallonga se ha empeñado en algo parecido a un proyecto de totalidad abordado en tres fases y desde tres enfoques complementarios: los que corresponden a cada una de las partes en que se divide el libro. Así, en «El doble eco de un contorno», el poeta indaga en la dualidad cómplice de todo acto de amor; en «Escisión del elegido», en la contradictoria relación interior que establecen, en el hombre, verdad y mentira, rostro y máscara, olvido de la realidad e inmersión en ella, refugio en la torre de cristal y búsqueda de la intemperie; en «Primera historia de estar», la reivindicación de la memoria íntima tamizada por la perspectiva del presente. Tres zonas de percepción poética estrechamente relacionadas que comparten un hilo conductor común: la penetración en la simbólica galería de espejos con que el poeta metaforiza la vida, el ser-hombre.

El modo de afrontar tales preocupaciones desde el lenguaje se manifiesta en un afán de desnudez, de contención expresiva con claros rasgos conversacionales —en ese sentido enlaza con sus obras anteriores—, sin desdenar, a la vez, imágenes y metáforas de clara efectividad desde el punto de vista emotivo y no exentas de rasgos irónicos («Ser a tiempo/ fue también sentirse parte/ del hombre gestado en el libro de escuela,/ en la risa, por el flujo viril del que mea más lejos»; «tú eres mi heredad, te dije,/ pues así me lo enseñaron/ las madres trinitarias,/ mis padres bienamados,/ y el santo de mi marido»).

Junto a ello, la simultaneidad de planos —especialmente en la parte última del libro, de gran carga evocadora,

<sup>3</sup> Saberte. Jordi Virallonga. *Laertes*. Barcelona, 1982.

afincada en la memoria de la infancia— y el sustrato narrativo que lo recorre de principio a fin, muestran una depurada asimilación de las enseñanzas de algunos de los más singulares poetas del 50— Valente, Gil de Biedma, González, Goytisolo—, de un maestro tan peculiar como Gabriel Ferrater y de la poesía italiana que irrumpió en el panorama europeo en los años 60.

Todos los componentes hasta aquí apuntados ponen de relieve la existencia de un sendero lleno de posibilidades en nuestro panorama poético. Virallonga ha accedido a la madurez creativa por el camino más firme: aquel que, partiendo de la constatación de la centralidad del hombre en el mundo de hoy, encuentra en un tratamiento riguroso y contenido del lenguaje el mecanismo más adecuado para penetrar en sus contradicciones. Acaso estemos ante una poesía del desasosiego, opción, por otro lado, tan infrecuente en la poesía última, como necesaria y saludable.

**Manuel Rico**

## Víctor Botas: un clásico divertido\*

Víctor Botas es un curioso y poco frecuente caso de inteligencia natural para la poesía. Entre el Botas poeta y su homónimo civil hay un escaso margen de error y de un mismo tiro certero eliminaríamos a ambos.

Comienza a publicar a los 34 años, edad nada común, y lo hace con una obra completamente madura; *Las cosas que me acechan*, publicada en 1979 como 2ª separata poética de la revista *Jugar con fuego*. Ese mismo año se publican también *La lentitud de los bueyes*, primer libro del poeta leonés Julio Llamazares; *Mitos*, primero del sevillano Abelardo Linares; *Autorretrato de desconocido*, de José Luis García Martín; *Astrolabio*, de Antonio Colinas; *De la tierra, el mar y otros caminos*, de Carlos Clementson. Así como la primera edición —en «Alianza Tres» (ampliada)— de la *Obra Poética (1923-1977)*, de Jorge Luis Borges. El maestro argentino vendrá a ser para Botas su principal mentor literario. En el ameno e irónico «Prólogo» que abre *Poesía (1979-1992)*, obra que aquí vamos a comentar, el propio autor nos cuenta el descubrimiento de Borges:

Para colmo de males, una tarde de invierno, en León (habla del año 76), me topé con Borges que también hablaba de tigres, que no era un fanfarrón verbal como Neruda, ni un cursi como Juan Ramón, ni un monótono blandengue como Salinas. Borges fue la puntilla: durante los tres o cuatro años siguientes leí y relet, obsesionado, todos y cada uno de sus poemas, hasta el punto de que aún hoy sigo recordando buena parte de ellos. De estos días, de estas lecturas y ciertas vivencias que no puedo desvelar aquí, surgió el que sería mi primer libro que vio la luz: *Las cosas que me acechan*<sup>1</sup>.

Nadie supo de donde salía aquella obra y de su autor se hicieron todo tipo de especulaciones. Botas era un poeta secreto y despistado que no había hecho ninguna incursión previa en periódicos o en revistas (salvo poemas, no conozco otras publicaciones suyas en estos medios), camino transitado normalmente por todo escritor novel con posibles. Las ventajas de ser un poeta tardío (mayores son los inconvenientes) consisten en que «son menores los mimetismos y los titubeos; el poeta posee ya la madurez suficiente para pisar un camino propio —cerrando los ojos a falsos espejismos— y para saber seguirlo hasta el fin»<sup>2</sup>.

*Las cosas que me acechan* sorprendió y descolocó a la crítica por la insólita calidad de los poemas y por el total desconocimiento de su autor. Antonio Tovar titulaba

\* Cuadernos Hispanoamericanos ofrece este texto en homenaje a Víctor Botas, recientemente fallecido.

<sup>1</sup> Botas, Víctor, *Poesía (1979-1992)*, Prólogo, p. 9-10.

<sup>2</sup> Delgado, Bernardo, *Jugar con Fuego X*, Avilés, 1980, p. 119.

«Sorpresa» un valiente y riguroso artículo en las páginas de la *Gaceta Literaria*<sup>3</sup>. El libro abundaba en una forma estrófica muy poco utilizada en las últimas décadas e insólita en un poeta que vela sus primeras armas; el soneto. Con base en los de Shakespeare, el soneto de Botas tenía muy poco que ver con la forma clásica habitual. Angel Crespo, en un artículo publicado en el desaparecido *Asturias Diario*, decía a este propósito:

Lo que me parece determinante es que, partiendo del soneto shakespeariano, Botas consigue una forma estrófica castellana que ya no es el soneto de Shakespeare, sino una actualización del soneto español, tanto por no hacer a los suyos que dependan en grado eminente del ritmo del endecasílabo de raíz italiana, como por el juego de rimas o no-rimas, que les presta una gran naturalidad —a veces irónica desde el punto de vista formal— por su adecuación al ritmo del discurso natural de nuestra lengua. Y esto me parece un descubrimiento<sup>4</sup>.

Una de las notas que más poderosamente llama la atención en el libro es la contención horaciana o el horror por la grandilocuencia y el énfasis. Poemas como «y, ahora, me pregunto por las cosas», «Yo sé que mis palabras te parecen» o «Las infantiles sagas, la pérdida», ilustran con creces esta veta horaciana, que:

más que de temas —dice Crespo— depende de la impostación no sólo de la voz, sino de la propia mirada del poeta a las cosas que le rodean ... Creo que en la poesía ibérica moderna, lo único comparable a esta serenidad de visión y dicción son las «Odes» del heterónimo de Pessoa, Ricardo Reis<sup>5</sup>.

La sabia mezcla de pensamiento y emoción, el cuidado prosaísmo, la ironía y cierto encabalgamiento que en los próximos títulos se verá acentuado, serían otras características que la crítica señalará en este primer libro. Entre los maestros, además de los mencionados Shakespeare y Horacio, están presentes Fray Luis de León, Quevedo y Borges. Con el tiempo, este último, se convertirá en el principal mentor del poeta ovetense. De la edición del 79 se han eliminado aquí diez poemas y la división en secciones que lo estructuraba.

*Prosopon*, segundo libro de Botas, se publica en 1980 en una colección, si cabe, más desconocida y provinciana que la del anterior; *El Toro de Barro*, dirigida por Carlos de la Rica en Carboneras de Guadazaón (Cuenca). Ello hizo que, muy a pesar de la calidad del libro, Botas siguiera siendo un desconocido para lectores y crítica.

El propio autor nos lo corrobora:

Mi segundo libro, *Prosopon*, apenas fue distribuido en librerías y poca gente lo conocerá. Creo que es aquí donde encuentro al fin mi propia voz, pese a haber sido escrito sin pausa ni solución de continuidad con el anterior<sup>6</sup>.

Es, efectivamente, aquí donde se afianza la voz del poeta, ganando en profundidad, sencillez y emoción. A las notas apuntadas para el primero de sus libros, habría que añadir en éste una mayor presencia de la ironía, un cuidado tono conversacional, el acertado uso de los encabalgamientos para potenciar el coloquialismo o la sorpresa expresiva, las digresiones, los paréntesis y guiones y los finales anticlimáticos; esos finales tan suyos que dejan de una pieza al lector.

El libro se fragmenta en cuatro secciones y un certero «Epílogo» de Bernardo Delgado (publicado también en 1980, en *Jugar con Fuego X*). Los temas son una continuación natural de los del libro anterior: el tema amoroso, donde el canto inventa una amada —lejos del tópico al uso romántico— más bien normalita y a la medida de cualquier hijo de vecino:

¿De qué modo decírtelo? ¿Compararé tus ojos a las quietas /  
estrellas de la noche? ¿O, utilizando / resabiadas metáforas de  
Oriente, / diré que hay en tus labios imposibles / y blancas margaritas,  
que tu talle / es una esbelta palma? Mentiría / de una manera  
estúpida: bien sabes / que eres poquita cosa y, desde luego, /  
nada del otro mundo. Sin embargo, / cuando no logro verte, algo  
me pasa / que no puedo aguantarme ni yo mismo<sup>7</sup>.

También el paso del tiempo, la inevitable muerte (ver el sereno «Calles», de la 2ª parte), la soledad y la reflexión metapoética de, por ejemplo, «La desnuda fragancia», poema que cierra la 2ª parte y en el que se nos dice que para que haya momentos de belleza suprema y días únicos ha de haber antes otros muchos anodinos y sin horizontes:

La desnuda fragancia / del íntimo crepúsculo, en las tardes /  
dolientes del jardín (nunca lo olvides), / se debe, más que nada, / a  
que un hombre vulgar / puso, en su día, / el necesario estiércol<sup>8</sup>.

<sup>3</sup> Tovar, Antonio, «Sorpresa», *Gaceta Ilustrada*, 29 de Julio de 1979.

<sup>4</sup> Crespo, Angel, «Victor Botas, un clásico de nuestro tiempo», *Asturias Diario*, 16 de Agosto de 1979.

<sup>5</sup> Cf. Crespo, Angel.

<sup>6</sup> Cf. Botas, Víctor, p. 10.

<sup>7</sup> Cf. Botas, Víctor, p. 66.

<sup>8</sup> Cf. Botas, Víctor, p. 81.